

medirselas con tropas de línea y que traían el prestigio de vendedoras: asimismo abandonó el rico cargamento que tenía oculto en el sitio de Barrancas, que fué presa de sus enemigos, cayendo en sus manos (segun me informó el oidor D. Mariano Mendiola) el cofrecito de alhajas indicado: regresóse á S. Blas en compañía de D. N. Zea, D. Joaquin Romero, su padre, D. José Mercado y otros clérigos que se le reunieron, los cuales sin duda no pertenecieron á la legión sagrada ó *cruzada*, levantada por su obispo. D. Nicolás Verdín, cura de S. Blas, organizó una contrarevolucion, y la noche del 31 de enero (1811) sorprendió á Mercado en su cuartel, y allí hizo este una fuerte resistencia; mas habiendo penetrado en él por los asaltantes, Mercado se despeñó por un voladero contiguo á las casas del comandante del apostadero, donde se le halló muerto al siguiente día. No será importuno decir á V., como afecto á las antigüedades mexicanas é historia antigua de este continente, y aunque parezca digresion, que en la gaceta núm. 29 de 10 de febrero de 1811, en que Cruz hace una relacion de esta expedicion, el editor de ella, hablando del sitio de Barrancas, pone esta nota: „En esta barranca ó quebrada fué muerto el famoso Pedro Alvarado.” Este es un equívoco. Alvarado fué muerto en el Peñon de Nochistlan yendo en fuga, presidido de su escribiente Baltazar Montoya: al llegar á un voladero se desbarrancó el caballo de este, y rodando sobre Alvarado, lo precipitó cuesta abajo hasta llegar al fondo: abriósele el pecho, arrojó mucha sangre por la boca; murió el 4 de julio de 1541 en las manos del tchiller Bartolomé de Estrada, habiéndose verificado la caída el 24 de julio anterior †.

Entró Cruz en Tepic sin contradiccion, y mandó ahorcar á Zea y á otros varios que habian preso allí los tepiqueños por congraciarse con él: pasó luego á S. Blas é hizo lo mismo con el padre del cura Mercado, trayéndose despues presos á Guadalajara á todos los demas, á quienes mandó en collera viniendo á la vanguardia los eclesiásticos. Ignoro si el cura Verdín fué despues

† Cuando estaba de vuelta de Guatemala, recibió Alvarado orden del virey D. Antonio de Mendoza, para auxiliar al capitan Oñate que estaba muy estrechado en la antigua ciudad de Guadalajara por los indios levantados de Jalisco.

colocado en algun coro en premio de su perfidia. Venegas concedió la presidencia de la audiencia, y comandancia general de aquella provincia y la de Zacatecas á D. José de la Cruz, y con este carácter comenzó á desarrollar su tiranía creando juntas de seguridad, y espionaje, con cuyos dictámenes derramó la sangre sin tasa como despues veremos. Calleja despues de haberse dado allí todos los honores de un *Califa* trató de marchar para S. Luis Potosí, donde tenia sus intereses, y lo verificó con su ejército el día 11 de febrero. Hé aquí la ruta de su itinerario. A S. Martín, á la Lajilla, á Tepatitlan, á S. Juan de los Lagos, á S. Juanito, á Lagos, á la Estancia grande, á Matanzas, á Gachupines, á la Laguna, á Santiago, á Bledos, á S. Francisco, á la hacienda de la Pila, á S. Luis. Dejo á la consideracion de V. que medite como se recibiría en aquella ciudad donde mas que en ninguna otra parte se tenia idea de la ferocidad de su alma, viéndole venir triunfante armado de poder, y altamente quejoso de aquel pueblo; sabiéndose ademas todas las atrocidades que acababa de ejecutar por los lugares de su tránsito.

DERROTA DEL LICENCIADO REYES EN SANTA MARÍA DEL RÍO.

En la hacienda de S. Pedro Piedra Gorda estendió Iriarte una comision á Herrera y á un tal Blancas, para que marchasen á atacar al Lic. D. Antonio Reyes y á D. Ignacio Ilagorri, que con setecientos hombres, once piezas de artillería y veinte europeos, se encaminaban ácia Guadalajara á reunirse á Calleja. Herrera y Blancas con una poca de tropa, mal armada, y siete piezas de cañon, se dirigieron ácia la hacienda del Jaral de Berrio: supieron que Reyes estaba en Santa María del Río, y lograron darle un albazo, sin embargo de que ocupaba los puntos principales del pueblo: comenzó la accion entre cuatro y cinco de la mañana, y aunque la victoria se mostró en el principio por Reyes, Herrera ocupó un punto ventajoso y consiguió darle á este muerte y en seguida á Ilagorri; pasó por las armas á los prisioneros europeos, castigó á otros americanos y despues los puso en libertad

y marchó para S. Luis Potosí, ciudad que se llenó de lágrimas por esta ocurrencia. Saquearon la casa del intendente Flores, en quien supusieron colusion, y poco faltó para que los indios enfurecidos redujesen al exterminio varios lugares, como Tierra Blanca y las rancherías inmediatas á S. Luis Potosí. Allí permanecieron cerca de un mes pertrechándose, hasta que supieron de la aproximacion de Calleja, y salieron tomando el rumbo de Rio Verde y Valle del Maiz. Este general destacó una seccion al mando de D. Diego Garcia Conde, la cual salió el 14 de marzo de S. Luis y el 25 atacó á los americanos; situáronse estos en una loma corrida, apoyando sus costados en el cerro de la Cruz y en el del Flechero, distante media legua el uno del otro. Empeñóse la accion (que segun describe Garcia Conde en su parte inserto en la gaceta núm. 46 de 19 de abril de 1811) duró tanto cuanto duraron en dispararse treinta y ocho cañonazos que bastaron para desalojar á los americanos de sus puntos, obrando con simultaneidad y buen suceso los demas cuerpos que siguieron el alcance de Herrera, á quien hicieron doscientos prisioneros, y tomaron quince cañones y todo el botin que llevaba con la correspondencia. Para decir que Herrera habia sido fraile y llevaba una moza, añade estas espresiones.... y los uniformes y hábitos de lego con la ropa de su manceba.... (Esta tacha siempre la sacaban los españoles á la cara, pues el sexto precepto era para ellos asunto de mucha gravedad; porque es pecado que cuando se comete *cuesta dinero*, y pocas veces se hace *gratis*. ¡Vaya, si son castísimos!) Entró, por tanto, Garcia Conde triunfante en el Valle del Maiz, donde hizo pasar por las armas á D. Mariano Calderon, nombrado (dice) subdelegado por los insurgentes, á quien quitó la vida porque dizque recibió seguras pruebas de que habia prestado su consentimiento y auxilios para que allí se decapitasen once europeos. Puesto en dispersion Herrera, Blancas y otros oficiales, se dirigieron ácia la villa de S. Carlos, y antes de llegar á esta recibieron oficio del comandante de armas de aquel lugar que ofrecia á su disposicion sus tropas: deciales además, que allí tenia prisioneros varios españoles. Con semejante oferta marcharon á la villa, donde fueron recibidos entre salvas

y regocijo, á la noche hicieron un baile para obsequiarlos; pero esto fué una trampa en que cayeron estos incautos, pues allí se les arrestó y en breve fueron pasados por las armas. Tal y tan efimera fué la duracion del generalato del famoso lego Herrera, digno de otra fortuna. Su valor y astucia lo harán eterno en la memoria de la revolucion: ya hablaré á V. en lugar oportuno de la suerte que corrieron los compañeros de este lego sin par, pues Calleja nos llama para que le sigamos á la espedicion que apresta para Zacatecas. Yo quisiera que acompañásemos al cura Hidalgo perseguido de la desgracia hasta las norias de Bajan donde fué preso; pero esto lo haremos cuando lleguemos á la época en que se verificó su muerte, pues otras cosas nos llaman la atencion, propias del hilo de la historia y de sus conexiones principales.

DEPONESE DEL MANDO AL SEÑOR HIDALGO EN UNA JUNTA MILITAR.

A largas desventuras convienen largos recuerdos: las que hemos padecido son tales y de tal linaje, que dudo pueda otro pueblo presentarlas iguales. El ejército de Hidalgo en dispersion, marchó sin orden para Aguascalientes, los soldados cometian toda clase de desórdenes, como si marchasen por un territorio enemigo, y nadie podia reducirlos á sus deberes. El Lic. Rayon, dada la batalla del puente de Calderon, retrocedió á recoger los caudales que se habian quedado en las inmediaciones del campo, que consistian en mas de trescientos mil pesos, pues las alhajas preciosas se las llevó consigo el cura Hidalgo. En Aguascalientes se reunió la division de Iriarte, que consistiria en mil quinientos hombres, y llevaba los caudales de S. Luis Potosí, que bien importarian medio millon de pesos. Reunido el ejército en la hacienda del Pabellon, se celebró una junta de guerra en la que se acordó que Allende tomase el mando de generalísimo, é Hidalgo entendiese en lo político. En Zacatecas se resolvió que el ejército marchase para la villa del Saltillo en divisiones, tomando el camino de las Salinas, Charcas, el Venado y Ma-

tehuala. Aquí se quedó Hidalgo, y Allende partió con la plana mayor y una escolta de doscientos hombres en socorro del coronel D. Mariano Jimenez, que esperaba ser atacado por las fuerzas de Durango y Parras al mando de Cordero: en esta accion obtuvo un triunfo completo en el Puerto llamado del Carnero haciendo prisionero al comandante español.

Nada se ve impreso que diga relacion á las dos memorables batallas del Puerto del Carnero y de Agua nueva junto al Saltillo; la primera dada al teniente coronel D. Manuel Ochoa, y la segunda á D. Antonio Cordero por el enunciado general D. Mariano Jimenez, aquel jóven colegial de minería á quien en gran parte se debió la victoria de Hidalgo en el monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo como de conocimientos en lo militar, aplicados á la tormentaria ó artillería. Tres dias despues de la batalla de Calderon, Ochoa presentó batalla á Jimenez en dicho Puerto del Carnero; empeñóse la accion con denuedo extraordinario, pero flanqueado Ochoa por las acertadas evoluciones de Jimenez, tomó la fuga y quedó el campo por Jimenez. Cordero hizo otro tanto en Agua nueva, pero fué muy luego batido y entregado prisionero ignominiosamente por sus mismos soldados. Ocupado este punto por los americanos, permanecieron en él con quietud muchos dias. El teniente coronel D. Ignacio Elizondo (de fatal memoria), se mostró adicto á la independenciam y comenzó á trabajar por ella, haciendo que la adoptasen las cuatro provincias de Oriente que levantó á favor de la buena causa. Creyóse con este servicio autorizado para pretender el grado de teniente general: no pareció bien á Allende esta demanda sino pretension desafortada, y no vino en otorgársela: tan justa negativa desplació mucho á Elizondo: el obispo de Monterey que iba en fuga y á quien fué á alcanzar Elizondo le habló sobre la revolucion y pretendió seducirlo á que volviese al partido español, y fácilmente lo consiguió: entonces fué cuando concibió el pérfido proyecto de arrestar á Allende y á los demas generales, haciendo una vergonzosa contrarevolucion que le produjo su efecto con la junta de Monclova; mas el cielo justo, castigó al fin tan horrenda perfidia, pues Elizondo fué

muerto á puñaladas por un complot de españoles; su asesino para ejecutar el homicidio se fingió loco, y de esta suerte se deshicieron de un hombre que infiel á todos partidos no podia tener lugar en ninguna sociedad.

Al cabo de los diez dias de haber entrado Allende en el Saltillo sin novedad, llegó el cura Hidalgo con el resto del ejército que ya ascendió á cuatro mil hombres. Allí se acordó que partiesen para los Estados-Unidos los generales, caudales y tropa útil, y que quedase para espedicionar en lo interior el resto que llegaria á dos mil quinientos hombres al mando de Abasolo, quien no llegó á tomar posesion del mando. Despues fué nombrado general Arias, quien renunció el empleo, y se determinó que en junta de oficiales se nombrase un gefe: recayó el nombramiento en el Lic. Rayon, el de segundo en Arrieta, y el de tercero en el Lic. Ponce. Rayon se quedó allí organizando esta tropa y haciendo que se repusiese su armamento y municiones. Hallábase en esta ocupacion despues de cinco dias de marcha, cuando tuvo noticia de la sorpresa y prision de Hidalgo y Allende en las norias de Bajan, los cuales caminaban en desorden y con gran confianza sin prometerse que un hombre pérfido pudiera formarles una contrarevolucion, como hemos dicho que lo ejecutó Elizondo.

Al partir Allende le previno á Rayon que si regresaba Iriarte lo decapitase, porque era señal de que habia jugádole otra nueva perfidia sobre las anteriores: de hecho, Iriarte avisó de su llegada; Rayon celebró junta de guerra, é instruida esta, tanto de la orden de Allende como de su malversacion y desamparo del ejército, causa de sus desgracias, se le condenó á muerte y fué ejecutada la sentencia: esta es la primera que se lee en la historia de la revolucion, en un hombre que la mereció por tantos motivos.

Despues de arrestado Allende recibió Rayon orden firmada de aquel para que pusiese á disposicion de D. Ignacio Elizondo cuanto estaba á su mando, sin dar mas razon de que. . . *porque así convenia.* Penetró la malicia que envolvía, ofreció cumplirla para evitar que lo atacasen de pronto, pues siguió activando la or-

ganización de su ejército. Cuando entendió que ya Elizondo marchaba sobre él, convencido de la poca seguridad en que se hallaba en el Saltillo, porque la tropa del país estaba de acuerdo con los enemigos de la hacienda de Patos, se la desarmó por la plebe de la villa capitaneada por D. Juan Pablo Anaya, pasó á campar en la mesa inmediata hasta concluir el arreglo de su división, de donde marchó para Zacatecas, pues tuvo noticias de que en breve se vería rodeado de tropas salidas de Durango y de Parras.

Efectivamente, se le comenzó á escaramucear por la cola y costados en la mesa del Saltillo, en Agua nueva, en puerto del Carnero, y hasta la cuarta marcha en *Piñones*, no se empeñó una acción que por entonces pudo llamarse decisiva. † A media noche D. Manuel Ochoa, repuesto ya de la derrota que le dió Jimenez, enviado por la comandancia de Chihuahua, asaltó á Rayon con mas de tres mil hombres, (entre los que iban bárbaros lipanes) por los costados, vanguardia y retaguardia: tomóle parte de la remonta, y empeñó el ataque en avance haciendo fuego con las tres armas. Rayon le recibió con serenidad, no obstante que penetró por su derecha hasta llegar al carguío y tiendas de campaña, tomándose además dos cañones; y desalojando de este punto á D. José Antonio Torres, mandóse auxilio para recobrarlo, y el mismo lo consiguió con doscientos fusiles y la indiada de su mando; recobró pues la artillería perdida, y dió muerte á mas de cuatrocientos hombres. Debió este cumplido triunfo á D. José María Rayon que se hallaba á corta distancia, situado sobre una pequeña loma, desde donde jugó dos cañones de artillería y doscientos fusiles, con tanto acierto, que de los dispersos por Torres, el que escapaba de sus manos parecia al pasar por aquel punto de tránsito preciso. Simultáneamente cargó la caballería de Ochoa sobre la americana, y aunque de esta perecieron mas de cuarenta hombres, atacó con tanto denuedo la de los españoles, que logró desbaratarla siguiéndola en alcance mas de un cuarto de legua.

† Arrieta y Cordero se fugaron poco antes de entrar en ella.

Entre tanto el general español D. Manuel de Ochoa avanzaba por la izquierda; aunque habia suspendido los fuegos por el frente, Rayon reunió su caballería y cargó con ella sobre dicha ala izquierda: mandábala su hermano D. Francisco, y la infantería en que se apoyaba el mariscal D. Juan Pablo Anaya, el cual avanzó sobre el enemigo, que retrocedió sin empeñar acción á reunirse á su frente que estaba todavia íntegra. Desembarazado Rayon de los costados y atendiendo solo al frente donde se habia reconcentrado Ochoa, marchó en batalla con quinientos infantes, tres cañones y ochocientos caballos, distribuidos en alas de apoyo. Ochoa mostró resolucion de aguardarlo; pero le impuso la serenidad con que avanzaba esta batalla, y que las alas de caballería comenzaban á desplegarse para envolverlo: entonces echó á huir dejando dos cañones de á cuatro y se llevó uno de á dos. Rayon no siguió el alcance porque carecia de agua en el campo, y si tal hace su caballería parece de fatiga, pues sin esta operacion murió mucha de sed. Temió asimismo que la primera partida enemiga que ocupó su retaguardia, que no habia entrado en acción y que ya no se habia dejado ver, se aprovechase de cualquier descuido, ó estando emboscada cargase sobre sus soldados victoriosos. Eran las doce del dia 1.º de abril de 1811 cuando terminó esta acción. El general Rayon se preparó muy luego para continuar la marcha porque así lo demandaban imperiosamente las circunstancias, principalmente la absoluta falta de agua: el enemigo en la noche anterior cuando se tomó la remonta, se tomó tambien varias carretas en que en odres traia agua para la tropa; careciendo de este alimento tan necesario de la vida, vió espirar lastimosamente de sed rabiosa á catorce soldados; era preciso abandonar este lugar conocido con el nombre de *Piñones*, y á que dará un lugar distinguido la historia por tan memorable batalla. Encontróse en el acto de la marcha nuestro ejército sin acémilas ni mulas aparejadas que tambien se las habia tomado Ochoa; así es que catres, bahules reñchidos de ropa y cosas preciosas: carretas, cadáveres de soldados; todo se hacinó y se le prendió fuego para que no fuese presa del enemigo. Sepultáronse en una barranquilla in-

mediata dos culebrinas y otros tantos cañones de á cuatro, pues faltaban mulas para conducirlos. Esta accion fué campal, porque ninguna de las partes tuvo parapeto en que guarecerse ni apoyarse: distinguéronse singularmente en ella D. José Antonio Torres, D. Juan Pablo Anaya, el coronel Vazquez del regimiento de caballería de Dolores, que en los primeros choques se mantuvo de cuerpo de reserva y entró de refresco, y el brigadier Villa-Longin; pero lo que mas admirará á las futuras edades, es el valor heróico que en esta vez mostraron las mugeres de los soldados, pues ellas formaron y entraron tambien en accion con las armas que pudieron tomar. Notóse que la artillería no podia jugar sobre los españoles porque no habia agua con que refrescar los cañones; mas una muger llamada la *guanajuatense* tomó las cubetas de los artilleros, recorrió las filas, é hizo que orinasen en ellas sus compañeras; los orines, pues, sirvieron en esta vez de refresco á la artillería. Permittedme, naciones del universo, naciones celosas de vuestra libertad, permitidme que os pregunte ¿si en vuestros fastos registráis un suceso comparable con este? Es á la verdad de mucho mérito que las hermosas cartaginesas se despojaron de sus arracadas y joyuelas para depositarlas en el tesoro público y que sirviesen de fondo para continuar la guerra de su nacion: lo es que las mismas se cortasen sus cabellos para formar cordajes de sus galeras; pero un auxilio de esta naturaleza impartido en circunstancias tan crílicas y del momento, es para mí desconocido en la historia, es el estremo de un heroismo exaltado. No será esta la primera prueba que yo presente en el curso de esta historia en loor de este amable sexo. Llegó, pues, el ejército al punto de las Animas, donde no halló la agua que buscaba, solo encontró un charco ó depósito de orines de chibatos, tan pestilente, que ni las bestias querian beberla; si acaso alguna mula bebia una poca, se ventoseaba, pero con tanta pestilencia, que excede á toda ponderacion: el hedor era tan sutil, que los que estaban metidos en los coches aunque cerrados los vidrios ladillos, no podian soportarlo. En este punto, y en situacion verdaderamente afligida, algunos oficiales medrosos temiendo un éxito funesto en tan dilatada y penosa marcha que se les esperaba (de

ciento cincuenta leguas) provocaron á una junta de guerra, en la que se acordó recibir el indulto á pesar de la opinion del general Rayon, el que tuvo que ceder á las circunstancias de hallarse en el centro de un motin militar; bien que decidido á dar tiempo al tiempo para eludir una medida tan vergonzosa, como así lo verificó. No pensaba del mismo modo la tropa subordinada, pues estaba llena de satisfaccion y de un noble orgullo. Continuó, pues, la marcha por terrenos tan secos como los anteriores. Un destacamento enemigo de un pueblo que distaba diez leguas de aquel punto, se aprovechó de un desfiladero y asaltó á unos cuantos americanos estraviados, y entre ellos al coronel D. Mariano Garduño: robóse varias cargas, entre las cuales iban los paramentos de la capilla: el comandante realista Larrainzar azotó á Garduño y no le hizo mas; ¡tal era de bárbaro é impudente! El ejército de Rayon campó en una estancia donde habia un pequeño jacal y una noria. La tropa sedienta se alampó á sacar agua, y como acudieron muchos soldados con precipitacion, rompieron la noria; desesperados se acometieron como las bestias rabiosas, en términos de que se mataron cinco, y al fin todos se quedaron sin beber. Supo entónces Rayon que en la hacienda de S. Eustaquio, distante de allí como diez leguas, habia agua en abundancia; pero que tambien habia un destacamento de trescientos enemigos que la defendian al mando del azotador Larrainzar. Sin embargo se decidió á tomarla, y marchó destacando igual número de hombres de caballería. Llegaron estos en sazón de que el enemigo no se preparaba para recibirlos, y así salió en fuga precipitada de la hacienda, y en su alcance D. Juan Pablo Anaya, despues de haber saciado su sed. Disperso el enemigo le tomó un convoy de carretas en que llevaba piloncillo y ropa de la tierra, y allí hizo alto el ejército para reponerse de las fatigas pasadas. En este punto D. Luciano Ponce que venia de cuartel maestre, reconvino al general Rayon sobre el cumplimiento de lo acordado acerca del indulto: irritóse tanto con esta reconvencion, que le dió una fuerte bofetada; mas recobrado de la indisposicion procuró mostrarle la bajeza de su pretension. Dejólo en su mismo empleo creyéndolo persuadido y arrepenti-

do. Cuando llegó la hora de acuartelarse en la jornada inmediata, se encontró con la noticia de que Ponce se había desertado, llevándose consigo al enemigo la descubierta de doscientos hombres que lo acompañaba. ¡Tan sospechosa cosa es una reconciliación y un cambio repentino de afectos en que es necesario para que sea sincero, hacer el mayor sacrificio de nuestro orgullo!

Continuando la marcha en que se desertaron no pocos oficiales, y Rayón tuvo á buena dicha, porque se veía libre de aquellos cobardes, contagio de los ejércitos, llegó el jueves santo (11 de abril de 1811) á la hacienda de *Pozo hondo* de D. José María Fagoaga, de donde partió el sábado de gloria y destacó quinientos hombres al mando del oficial Sotomayor para que sorprendiese el Fresnillo, como lo verificó á toda satisfacción, haciendo sus marchas de noche, pues de día se quedaba emboscado. En la hacienda llamada de Bayon (de D. Narciso María de la Canal) destacó el general Rayón á D. Víctor Rosales y á D. Juan Pablo Anaya con quinientos fusileros para que como originario aquel de Zacatecas, se informase del estado de la ciudad y obrase según las circunstancias. A su segunda marcha adelante del sitio de Matapulgas en un punto llamado Pánuco, se atacó con una partida enemiga, la que marchó en retirada y lo atrajo hasta Veta Grande, tomó posición militar en un pequeño cerrito donde le cargó mucha más fuerza; mas dando aviso de su estado á Rayón, éste envió en su socorro á D. José Antonio Torres, quien hizo retirar al enemigo, reuniéndose á los sitiados: salieron estos en alcance de los españoles hasta el cerro llamado del Grillo, donde tenían reunida toda su fuerza. Rayón marchó con dirección á Guadalupe de Zacatecas. Desde el punto llamado la capilla de los Herreros, destacó á D. José María Liceaga con una partida de tropa para que dispusiese el campamento que pensaba situar en las lomas de la Bufa; pero dicha partida fué de tal manera atacada y destruida, que apenas pudieron escapar con vida Liceaga, D. Francisco Rayón, hermano del general, y un tambor. Reconoció éste su fuerza en el campo de los Herreros, y viéndose con solos mil hombres, poco

mas, dispuso que las muchas mugeres que se hallaban en su ejército, y de cuyo valor tenía experiencia en la batalla de Piñones, formase en batalla para imponer al enemigo: diólas un pequeño cañon y de este modo y con tal artimaña, impuso al enemigo haciéndole creer que era muy numerosa su fuerza. Destacó un trozo de infantería que impidiese la reunión de la que había destrozado á la de Liceaga con el grueso del ejército enemigo, y se verificó cumplidamente dispersándola, pues se emboscó con ventaja, y así es que le hizo muchos muertos y prisioneros. Campó Rayón en Guadalupe, y ya entrada la noche supo que Torres necesitaba auxilio de artillería y víveres, que ciertamente por entonces no podía enviarle, y le dijo por su enviado que lo tomase del enemigo. No lo dijo por cierto á un sordo, porque el intrépido Torres avanzó con toda precaución á las ocho de la noche, y de tal suerte y tan acertadamente sorprendió al enemigo, que le tomó todo el campo y le asestó sus mismos cañones: tomó cantidad de fusiles, mas de quinientas barras de plata, correspondencia, &c., todo fué presa de este memorable asalto, en el que principalmente se distinguieron por su arrojo cinco negros habaneros que iban en el ejército. Nótese que la tropa sorprendente, parte era de Zacatecas, reunida al ejército de Allende cuando salió de aquella ciudad, y parte de Guanajuato. Aquí conviene recordar la anécdota de que hace mención la Abispa de Chilpancingo núm. 19, muy digna de repetirse y consignarse en los fastos de nuestra historia militar, dice así: „En el acto de asaltar la tropa de Rayón el campo del Grillo en Zacatecas, se necesitó hacer uso de un cañon bien chico; pero se notó que tenía la cureña quebrada. Ofrecióse á suplir por ella un soldado poniéndose á gatas, y con el embique ó retroceso casi se le hizo pedazos el espinaso. Este espectáculo no arredró á otro compañero suyo, quien escarmentado en parte se ofreció á hacer lo mismo que el antecedente; pero hizo que le echasen encima muchas mantas para que el embique hiciese menos estrago. Tomado el campo, estando próximo á morir el primer soldado lastimado, se medio incorporó en la cama como pudo, é hizo esta pregunta: ¿Qué tal? surtió efecto el tiro que se disparó sobre